

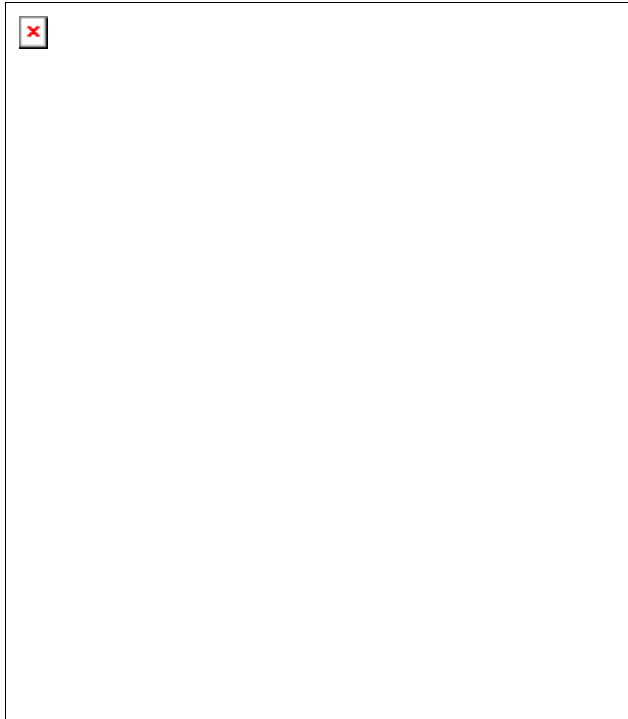
OPINIÓN

LOS SÍNTOMAS DE LA CIVILIZACIÓN

El monstruo de Amstetten

Manuel Fernández Blanco | 30/4/2008

Todo el mundo se pregunta como nadie sospechó nada del destino de explotación sexual y de encierro al que había sometido a una de sus hijas el ya conocido como el monstruo de Amstetten. Más aún, cuando este hombre vivía con su mujer, con los hijos que había tenido con esta, y con tres de sus otros seis hijos producto de la relación incestuosa.



Las descripciones que nos llegan de Josef Fritzl lo definen como inteligente, seductor y muy dominante. Esto puede explicar en parte la ocultación de la situación que se vivía en su casa, pero no es suficiente para explicarlo todo. Tanto tiempo de ocultación de una realidad familiar tan próxima no puede sostenerse únicamente en el temor y en la sumisión a un hombre autoritario. Solo se puede mantener una situación así si todos niegan lo que, de algún modo, saben. Esta es la función del secreto de familia, que este caso pone tan dramáticamente en primer plano. No hay familia sin secreto, sin un «de eso no se habla», que compromete a todos en un pacto de silencio sobre lo imposible de admitir.

El ser humano reprime las verdades intolerables, las más importantes, es por esto que la dimensión de la culpa colectiva está muy presente en este caso.

En general, casi nadie quiere saber del horror, por eso se desmienten los indicios que podrían revelarlo. Esto sirve tanto para fenómenos colectivos como para situaciones particulares. Del mismo modo que la mayoría de los ciudadanos alemanes, después de la guerra, declaraban desconocer lo que ocurría en los campos de exterminio nazi, también el entorno del monstruo confiesa no haber sospechado nada del horror que se desarrollaba al lado de su casa a lo largo de 24 años. Solo ahora parece tomar relevancia la existencia de una posible denuncia previa a Josef Fritzl por delito sexual, así como sus viajes a Tailandia, y la recurrente aparición de niños a su puerta. A pesar de todo esto, todos preferían ver en su vecino a un tipo normal.

El monstruo de Amstetten creía no tener prohibida ninguna apetencia. Por eso no le detenía la barrera del incesto, que es la ley de leyes. Aquel que no respeta la interdicción del incesto, no respeta ninguna ley. Es por esto que Josef Fritzl se creía omnipotente y no lo detenía nada, o casi nada, ya que solo cedió ante el riesgo de muerte de su hija-nieta. Lo que demuestra que, incluso para un amo cruel, el amo absoluto es la muerte.